

REGENERAR LA DIGNIDAD DE LA POLITICA: CONTRIBUCIÓN DE LA IGLESIA

Mons. Oscar V. Ojea

Hablando de la nobleza de la vocación política, en el mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de este año, el Papa Francisco cita un texto de San Pablo VI: *“Tomar en serio la política en sus diversos niveles (local, regional, nacional y mundial) es afirmar el deber de cada persona, de toda persona, de conocer cuál es el contenido y el valor de la opción que se le presenta y según la cual se busca realizar colectivamente el bien de la ciudad, de la Nación, de la humanidad”* (Carta Apostólica Octogesima Adveniens 46) y continúa diciendo el Papa Francisco: *“la función y la responsabilidad política constituyen un desafío permanente para todos los que reciben el mandato de servir a su país, de proteger a cuantos viven en él y de trabajar a fin de crear las condiciones para un futuro digno y justo. La política si se lleva a cabo en el respeto fundamental de la vida, la libertad y la dignidad de las personas, puede convertirse verdaderamente en una forma eminente de la caridad.”*

Más adelante nos recuerda las Bienaventuranzas del político propuestas por el Cardenal vietnamita Van Thuan:

“Bienaventurado el político que tiene una alta consideración y una profunda conciencia de su papel,

Bienaventurado el político cuya persona refleja credibilidad,

Bienaventurado el político que trabaja por el bien común y no por su propio interés,

Bienaventurado el político que permanece fielmente coherente,

Bienaventurado el político que realiza la unidad,

Bienaventurado el político que está comprometido en llevar a cabo un cambio radical,

Bienaventurado el político que sabe escuchar,

Bienaventurado el político que no tiene miedo”

Revista 30 Giorni (2002)

El primer punto que desearía tratar para pensar en regenerar la dignidad de la política es un modo de ser y de conducirse, un estilo, que está en la base de estas bienaventuranzas:

la necesidad de la cercanía, de la presencia y del vínculo del político con los miembros de su pueblo. La cercanía nos conduce a tocar la realidad social y cotidiana, a estar cerca de los anhelos, sufrimientos y esperanzas del pueblo. La presencia debe ser más que física. Es la presencia del que ha echado raíces, una presencia existencial, afectiva y emocional. De este modo se crea el vínculo por el cual el político se deja transformar con la cercanía del otro y esto lo habilita para escuchar mejor las necesidades del su pueblo, para llevarlas siempre consigo en su mente y en su corazón. Para Jesús, especialmente los pobres de su pueblo tenían siempre un nombre: Bartimeo, el pobre Lázaro, María Magdalena. Al ser llamadas por su nombre, estas personas se han sentido conocidas, reconocidas y dignificadas por Jesús.

¡Es tan fácil alejarse del pueblo! A veces la presión de una elite, un malentendido profesionalismo, la tarea de construir una imagen y de conservarla, aparecen muchas veces como metas prioritarias. Todas estas “lejanías” son captadas rápidamente por nuestra gente que muchas veces entiende que la política está muy lejos de su realidad.

Nos dice el Papa Francisco en el n.268 de *Evangelii Gaudium* “*Para ser evangelizadores de alma, también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior. La misión es una pasión por Jesús, pero al mismo tiempo una pasión por su pueblo*”.

Pienso que este texto dirigido a los agentes pastorales se aplica muy bien a la función del político. ¿Cómo se despierta esta pasión?, ¿esta empatía profunda? A mi entender, se ancla en un gran amor que está en la base de la política. Es el amor a la Patria y la pasión por servirla.

Hoy hablamos poco de Patria. Parece un concepto antiguo referido a héroes del pasado. Sin embargo, la Patria es un don, un regalo que debemos hacer crecer y proyectar hacia el futuro. Es un don, pero al mismo tiempo una tarea de entrega y transformación que ahonda su identidad fundante. Es lo que nos han dejado nuestros padres pero que al mismo tiempo nos desafía a la misión y a la vocación sagrada de construirla continuamente. La Patria es la madre, es la raíz, es lo recibido, lo heredado, lo que me mueve a dar gracias. Incluye una historia común, una geografía, una lengua materna con todos sus matices expresivos que disfrutamos y que nos identifican. Incluye una cultura común, el arte, la música, el baile. Todo esto hace a una pertenencia. Cuando entendemos a la Patria de este modo, vemos con claridad que no se trata de amontonar recuerdos estáticos de un pasado expresado

muchas veces como una añoranza romántica y clausurado a la comprensión. Tampoco se trata de proyectar un futuro desarraigado fruto de un presente sin identidad, sin historia y sin proyectos.

Siendo Arzobispo de Buenos Aires, el Papa Francisco en la Jornada de Pastoral Social del año 2009, cita un verso de Jorge Dragone que nos habla de la muerte de la Patria y de su correspondiente velorio en una escuela. Su última estrofa decía:

“Pero estábamos tristes.

Esa Patria era la Patria nuestra.

Es muy triste ser huérfano de Patria,

luego nos dimos cuenta”.

Hoy nos cuesta hablar de Patria, preferimos hablar habitualmente de país o de Nación. Sin embargo la palabra país se refiere más bien al lugar geográfico que habitamos. La palabra Nación se refiere más bien al consenso legal acatado por ciudadanos que pactan y consensuan una Constitución, una ley. La Patria, en cambio, es la madre. Es la raíz. Si se mutila el país, la soberanía se puede recuperar. Si se mutila la Nación, también se puede restablecer un nuevo consenso. Pero si se pierde y se mutila la Patria, nos quedamos huérfanos. Huérfanos de Patria. Huérfanos de raíz, nuestra vida carece de sentido, está desdibujada. No tener raíces es no pertenecer y no pertenecer es no tener identidad. El primer punto entonces para recuperar la dignidad de la política es la necesidad de un auténtico patriotismo que genera una auténtica vocación de servicio.

Vamos al segundo punto. Así como en la tarea de la evangelización la Iglesia nos invita a poner a los pobres en el centro de su camino, la misma Iglesia nos invita a ponerlos en el centro de la construcción o de la reconstrucción de la Patria. Nos dice el Papa en *Evangelii Gaudium* hablando de la opción preferencial por los pobres: “Esta opción, enseñaba Benedicto XVI, está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza” (Discurso inaugural de Aparecida). Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del sentido de la fe (*sensus fidei*), en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a

prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos.”

Según el teólogo Pedro Trigo hay tres modos de interpretar la expresión Iglesia de los pobres: a) una Iglesia que sin ser pobre los tenga por sus destinatarios preferidos, b) el que se hallen en la Iglesia como en su casa, c) ser sujetos activos y privilegiados de su vida y de su misión. Aún nos falta una conversión espiritual, pastoral y estructural para llegar a esto que es ponerlos de verdad en el centro del camino de la Iglesia.

Cuando el Santo Padre habla de la capacidad que tienen los pobres de enseñarnos tantas cosas quisiera referirles mi experiencia vivida cerca de los Hogares de Cristo. Esta obra nació en la Arquidiócesis de Buenos Aires en el año 2008. Son pequeñas comunidades que van formando los jóvenes en camino de recuperación de las adicciones. Este proyecto nació de la confianza en la capacidad de resiliencia de nuestros barrios populares, en su capacidad de generar anticuerpos para poder por sí mismos resolver sus graves problemas. Entonces comenzaron a trabajar con los jóvenes vecinos amigables pertenecientes al mismo barrio que se acercaban a ellos sin criminalizarlos ni estigmatizarlos, invitándolos a participar de un espacio de escucha. Al sentirse queridos y escuchados comienza el camino de la recuperación ya que la adicción está basada justamente en la no palabra. A-dicto es el que no se expresa. Cuando la palabra se habilita, comienza la posibilidad de la curación. He sido testigo de la transformación interior de numerosos jóvenes de clase media que van a trabajar a estos hogares entablándose entre ellos y los jóvenes de los barrios marginales una relación muy horizontal. De sujeto a sujeto. Lejos de la asepsia de estar tratando un caso de consumo problemático. Esto ha producido cambios significativos en quienes acuden a visitar estos hogares llevándose de ellos un importante aprendizaje para sus vidas. Porque en realidad todos pertenecemos a una sociedad adicta, a una sociedad fuertemente evasiva. Huimos constantemente de situaciones muy complejas que nos interpelan duramente. El que no es adicto a la imagen, es adicto a la velocidad, o al trabajo o al juego o al alcohol. He visto cambios de vida muy grandes simplemente por dejarse enseñar por la experiencia tremenda de estos hermanitos nuestros que han estado en el infierno y que buscan denodadamente salir de él apoyados en la sabiduría de su entorno barrial. Por eso pienso que ni el obispo, ni el sacerdote, ni el político deben abandonar un trabajo de base, una presencia entre los pobres en orden a recibir en estos ámbitos una sabiduría muy honda que los llenará de fuerza interior para el enorme desafío de intentar

resolver las causas estructurales de la pobreza y promover el desarrollo integral de los pobres.

Es indudable que, para el Papa, esas causas residen ante todo en la autonomía absoluta de los mercados y de la especulación financiera. Autonomía defendida por ideologías neo-liberales que niegan el derecho de control de los Estados encargados de velar por el bien común (E.G. 56). Sin embargo, es necesario corregir el error de los que afirman que el Papa condena el capitalismo, si por éste entendemos la economía de libre empresa y de mercado. Lo que condena es la absolutización ideológica del mercado, que de medio o instrumento se convierta en fin, que se lo propugne como autorregulado y aún como regulador de toda la vida social. Sin regulación ética y política de parte del Estado y de la sociedad civil, el mercado queda librado a sus fuerzas ciegas y a su pretendida mano invisible. Sin embargo, como hemos dicho, el Papa no rechaza una economía social de mercado. En el documento “Consideraciones para un discernimiento ético sobre algunos aspectos del actual sistema económico y financiero” del 17/05/2018, emitido por la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe y por el Dicasterio de Desarrollo Humano Integral, se nos proponen algunos pasos posibles para crear una necesaria normatividad ética del sistema financiero. El Santo Padre piensa que esto abre el camino para la creatividad de la acción política a la que va a colocar siempre por encima de la economía, porque la economía se ocupa de los medios y la política de los fines. Y en este contexto no podemos entregarnos con las manos atadas a una economía que mata. Es enorme entonces el desafío para los políticos, en orden a remover las causas estructurales de la pobreza y promover la plena inclusión social.

El tercer desafío, todavía más difícil, es el desafío cultural. Nos encontramos en medio de una crisis del compromiso comunitario. Nos ha invadido una mentalidad individualista e indiferente (EG 208) que ha creado la globalización de la indiferencia (EG 54) en medio de un consumismo desenfrenado. Es cada vez mayor la inequidad (EG 60). Por eso es necesario unirnos en la creación de una nueva mentalidad, lo dice claramente *Evangelii Gaudium* en el número 188 “*La palabra solidaridad está un poco desgastada... supone crear una nueva mentalidad que piense en términos de comunidad, de prioridad de vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos. La solidaridad es una reacción espontánea de quien reconoce la función social de la propiedad y el destino de los bienes como realidades anteriores a la propiedad privada. La posesión privada de los*

bienes se justifica para cuidarlos y acrecentarlos de manera que sirvan mejor al bien común, por lo cual la solidaridad debe vivirse como la decisión de devolverle al pobre lo que le corresponde. Estas convicciones y hábitos de solidaridad cuando se hacen carne abren camino a otras transformaciones estructurales y las hacen posibles.”

Para poder trabajar en este desafío cultural, es indispensable crear espacios de pensamiento y de diálogo. Aun en este tiempo en que lo inmediato parece ganarlo todo. Sin embargo, es imprescindible más que nunca detenerse a pensar. Mucho más cuando se ha desarrollado entre nosotros un estilo de pensamiento emocional lleno de prejuicios, poco flexible, muy cerrado y muy pobre. Tal vez por la necesidad de instalarnos en falsas seguridades. Un pensamiento auténtico necesita del diálogo para enriquecerse y para hacerse fuerte. De allí que es muy actual repensar las cualidades del diálogo que proponía San Pablo VI en la Encíclica *Ecclesia Suam* en el contexto de una Iglesia que existe a partir del diálogo trinitario y continúa su camino a través del diálogo de la Encarnación, instancia del diálogo supremo entre Dios y el hombre. El Papa nos decía que el diálogo debe ser **claro, afable, confiado y prudente**. a) **Claro**: inteligible para el interlocutor, capaz de revisar las formas y los lenguajes ante el cambio de cultura, teniendo la seguridad de ser entendido. b) **Afable**: debe ser paciente y generoso. Evitando todo modo violento, muy lejos de ser hiriente y ofensivo, y sin expresarse con mandatos e imposiciones. c) **Confiado**: confianza tanto en el valor de la propia palabra cuanto en la capacidad del otro para ser escuchada y comprendida. d) **Prudente**: es decir teniendo en cuenta las condiciones psicológicas, los límites y las edades de los interlocutores.

Es bueno entrecruzar estas características del dialogo que hemos mencionado en San Pablo VI con los cuatro principios que enuncia el Papa Francisco en *Evangelii Gaudium* relacionados con tensiones bipolares propias de toda realidad social. El tiempo es superior al espacio, la unidad prevalece sobre el conflicto, la realidad es más importante que la idea y el todo es superior a la parte.

Este diálogo se hace más imperioso aún por la crisis de nuestro vínculo con el planeta, es decir con nuestra casa común, con nuestra hermana madre Tierra. Como nos enseña la Encíclica *Laudato Si*, ella gime y grita imitando el clamor de los pobres por el maltrato que recibe de nosotros. Son temas que tenemos que pensar, dialogar y consensuar. Son temas que vamos postergando indefinidamente, siendo la crisis cada vez más aguda. ¿Qué vamos a hacer con la contaminación sistemática de nuestras aguas? Se acerca a pasos agigantados el drama del agua en el mundo. ¿Qué vamos a hacer con nuestra tierra que

sufre el daño de los agrotóxicos con su consiguiente cansancio?, ¿que hacer frente a la tala indiscriminada de bosques y la desertificación y sus consecuencias en el cambio climático? ¿Qué hacer frente a las actividades que llevan a estrujar hasta el límite y más allá del límite a nuestra madre Tierra a fin de poder succionarle lo más que se pueda? (L.S. 106).

Ante este panorama, surge la necesidad de pensar y de dialogar. De establecer criterios comunes, básicos para ponernos en camino hacia una ecología integral que contemple tanto los derechos de todos a los bienes comunes, como el indispensable cuidado de la naturaleza y de los ecosistemas.

La Iglesia estará al lado de ustedes para promover y trabajar en el amor a la Patria y en el compromiso con nuestra historia concreta. Ayudará a colocar al pobre en el centro del camino de la Iglesia y en el centro del trabajo y la preocupación de la política. Y también está dispuesta a colaborar para que se den las condiciones de un diálogo y de un estilo de pensamiento sin el cual hoy es imposible ejercer la responsabilidad que ustedes tienen.